paración para la Misa que no es menos admirable el Sacramento de la Eucaristía por los efectos que produce, que por los que deja de producir; habla de los sacerdotes que celebran cada día y al cabo de muchos años, si no van peor, nada han adelantado.

Sexto día de Ejercicios.

Conquista del Reino de Cristo.

49.

Comenzó el Illmo. diciendo el método admirable de los Ejercicios de San Ignacio:

I. Dividiolos el Santo Padre en cuatro semanas, repartiendo en ellas las consideraciones y demás actos propios de las tres vias purgativa, iluminativa, y contemplativa, de modo que tomando como por la mano al ejercitante, lo saca desde los abismos del pecado hasta dejarlo en las puertas de la gloria.

50.

II. Con razón, pues, el libro de los ejercicios del Santo, se tiene como inspirado por Dios, y su mérito es el mas filosófico, solamente que en el tiempo de una semana, no es posible meditarlo todo, y así nos ceñiremos á lo mas preciso é indispensable.

III. En los dias pasados consideramos los novísimos, y la gravedad del pecado, sacando por consecuencia: *ergo erravimus;* pero nos falta ahora una cosa muy principal; saber el camino que debemos seguir, para abandonar los caminos torcidos. Este camino es Cristo: *ego sum via.* Mas ¿quién nos enseñará á caminar por él?

IV. De aquí la necesidad de un guía, de un director de nuestro espíritu. En esto insiste mucho el Santo Padre Ignacio; y ciertamente por defecto de hacer una buena elección, perdemos mucho: todo el fruto de tantos ejercicios que llevamos hechos. Elíjase un confesor recto, prudente, instruido; que no nos tema; que no contemporice con nuestras pasiones; que con toda la firmeza del celo nos lleve por el camino de la virtud y nos haga cumplir con nuestras obligaciones.

V. Entrando á hablar de la conquista del Reino del cielo, como preliminar nos habla el Directorio de los Ejercicios de la misión de Moisés. En ésto hay mucho, y muy importante que meditar.

VI. El pueblo hebreo libertado es el pecador salido del pecado; Moisés es el guía que nos conduce, y nosotros mismos también, en cuanto á que somos guías de los demás. Faraón superado, y por fin, muerto, es la pasión dominante vencida, el director nos debe ayudar á conocerla, porque nosotros erramos mucho en ello, juzgando dominante la mas fácil de superar, y no tocando á la que en verdad lo es.

VII. Moisés, sintiendo mil dificultades, antes de obedecer á Dios, somos nosotros experimentando una cruda guerra; ántes de resolvernos á entrar en el santo camino, animémonos á ser fieles, como él, á la voz del Señor.

VIII. Los combates continuos que tuvo que

sostener en el desierto, figuran los que nosotros debemos tener en toda nuestra vida.

IX. Las siete naciones contra quienes combatía, significan los siete vicios capitales, así como después las doce tribus significarían las virtudes, como explica Santo Tomás.

X. Los Gabaonitas á quienes perdonaron, dándoles después tanto en que entender, son los vicios ó faltas que perdonamos en nosotros y que nos dañan incomparablemente.

Reflexiones propias.

51.

Muchas veces ha dicho el Señor Obispo, que no nos enseña que solo nos recuerda las verdades. Y en esta vez, principalmente, dijo: que en la práctica nada sabia de cosas tan árduas, ni de discernimiento de espíritus. Yo recuerdo haber leido que la suma de la ciencia, es saber uno que nada sabe, un hombre medianamente instruido y de regulares talentos, se envanece con la ciencia; pero un sábio profundo, confiesa que nada sabe, porque oye aquella lección sublime de Kempis: *Ama nesciri, et pro nihilo reputari.* Creo que el Sr. Obispo con mucha justicia puede enseñarnos á todos; no digo á mi, que soy menos que un átomo del polvo de sus piés; porque tiene el triple magisterio de la santidad, de la ciencia, y de la dignidad; como Obispo, como docto, y como santo tiene el mas amplio derecho para enseñarnos á todos, y aún uno de esos títulos era bastante. *Beati pauperes spiritu!* ¡Dichosos los humildes!

52.

En cuarto la adquisición del Reino de Jesucristo, todos los dias le pedimos que venga á nosotros, *adveniat regum tuum*; pero nosotros, no solo no queremos dar ni un solo paso para salirle al encuentro, sino que aun corremos en su fuga. Sin embargo; cuando viene el Rey, con su reino, que es el esposo de la parábola evangélica, se nos advierte que debemos salirle al encuentro: *Ecce sponsus venit, exite obviam ei* (1). Jesucristo y el alma andan en camino; si uno de los dos no anda, nada se hace. Si el reino de Dios viene y huimos, no nos alcanzará. Si vamos á él, y si está quieto, tan lejos está, que no llegaremos. El andar de Dios que es lo principal, se llama gracia, el andar nuestro se llama cooperación. ¿Hasta cuándo querremos dar algunos pasos para alcanzar las inefables riquezas de éste Reino?

Abnegación.

(Por la tarde)

53.

I. "Nos lleva San Ignacio á la última perfección, por medios admirables, basados en los principios fundamentales mas altamente radicados en la estructura metafísica y moral del hombre," dijo su Illma. y por eso vemos que los Ejercicios habilmente dirigidos por el Santo Padre, ó por los herederos de su espíritu, han hecho, por decirlo así, santos improvisados. Están arre-

(1) Math. XXV, 5.

glados con la mas alta filosofía, y el mas profundo conocimiento del corazón del hombre.

II. Qui vult venire post me, abneget semeptipsum et tollat crucem suam, et sequatur me, dice Jesucristo. (1) ¿Cuál es esa abnegación, que no es aun la perfección, sino una condición *sine qua non*; un preliminar indispensable para llegar á ella?

III. (No sé si entendí bien lo que sigue, por ser muy metafísico.) San Ignacio pide mucho una santa indiferencia, es decir, el total desprendimiento de nuestra voluntad y de nuestro juicio para que podamos adquirir aquella dichosa libertad que Jesucristo nos dió: *libertas qua nos Christus donavit* (2)

III. Jesucristo marcha muy de prisa: *exultavit, ut gigas ad currendam viam;* (3) nosotros tenemos que imitarle *sequere me.* Mas ¿cómo podemos seguir sus pasos gigantescos, si vamos cargados con el peso de las cosas terrenas y de los cuidados temporales que nos oprimen? *¿quomodo oneratus sequi poteris?* dice San Agustín?

V. Este peso, estas cadenas, nos impiden el marchar libremente, *servitus, vita activa*; *libertas vita contemplativa,* dice San Gregorio Papa.

Para entender esto de raiz recordemos la noción de libertad que da el Dr. angélico. Está, dice, *radicada y firmada en la indiferencia de juicio,* noción que conviene á la libertad, no solo en el orden teólogico sino también en el filosófico y en cualquiera otro. De suerte que si la indiferencia es completa, la libertad es absoluta, si se

(1) Math. XVI, 24.—(2) Gálat. IV, 31.—(3) Ps. XVIII, 6.

pierde mas ó menos la indiferencia debilitase mas ó menos en la misma proporción la libertad.

VI. Por eso los que están sujetos á sus pasiones se dicen con razón esclavos de ellas, de cuya esclavitud la gracia nos liberta. El pueblo de Israel tenía, dice el Apóstol, un espíritu de servidumbre: pero nosotros recibimos el de adopción que nos hace hijos de Dios, pudiéndole llamar Padre: *non enim accepistis spiritum servitutis iterum in timore, sed spiritum adoptionis in quo clamamus Abba Pater* (1). Jesucristo, desatando las cadenas del pecado y contrarrestando la concupiscencia con la gracia que nos hace hijos de Dios, sacaba pues, con mucha justicia ésta consecuencia: *ergo liberi sunt filii* (2)

VII. El espíritu de Dios produce los mismos efectos viniendo á los corazones y por eso dicen los libros santos: *ubi spiritus Domini, ibi libertas* (3)

VIII. Estos son preliminares de donde debemos concluir, que mientras no nos pongamos en un estado de completa indiferencia no tendremos esa preciosa libertad que nos hace volar por el camino del cielo. La falta de esa indiferencia nos impide sacar frutos de tantas prácticas y ejercicios: resolvemos en general cambiar de vida, no volver á pecar: pero siempre queda un peso, que al cabo nos abruma, una atadura que al fin nos detiene, tal vez es una cosa muy sencilla, el vivir en tal circunstancia, el frecuentar tal compañia, el temor de perder la salud, etc. Tememos morir si pernoctamos en oración.

(1) Rom. VIII, 15.—(2) Math. XVII, 25.—(3) Cor. III, 71.

Y ¿qué importa morir? ¿no hemos de morir de todos modos?

Si ésta indiferencia ó negación de sí mismo solo llega á apartarnos de lo que nos puede arrojar en pecado grave, es un grado muy débil muy pequeño, y á cualquier cristiano obligatorio.

IX. Si pasa á separarse de todo, no queriendo por cosa creada cometer ni aún pecado venial, es otro grado mas alto; pero en cierto modo aun obligatorio, y no hay en él nada de supererogación. Hasta aquí no se ha hecho mas de poner la balanza en perfecto equilibrio, sin dejarla cargar por el pecado, ni atar por las pasiones; pero aun hay algo más, y aquí empieza ya la perfección.

X. Cuando no solo está uno en perfecta indiferencia, sino que dada la ocasion se decide á abrazar pobreza y no riqueza, trabajos y no comodidades, deshonra y no honores, esto, repito, ya comienza á ser perfección, y á ser seguimiento de Cristo: *sequere me*. Las armas del demonio son aquellas *concupiscentia carnis et concupiscentia oculorum, et superbia vitae* esto; es, sensualidad, codicia, y ambición, y soberbia. Las contrarias son las nuestras.

XI. Peleemos, pues; pongámonos en indiferencia, neguemonos y seamos perfectos como lo pide nuestro estado

Reflexiones propias.

54.

Me parece que dejó el Sr. Obispo algunas ideas en gérmen, ó incompletas, por falta de

tiempo, y porque le sucede muchas veces lo que al Apóstol en sus Epístolas, que arrebatado por la copia de riquísimos pensamientos y llevado por la importancia de ciertos pormenores, se desvía á cada paso del asunto principal, y vuelve á él después de digresiones mas ó menos largas; yo he pensado aclarar y completar algunas cosas haciéndolo aquí aparte, porque he tenido especial cuidado de no mezclar nada mio con las ideas del Sr. Obispo, que sería mezclar el oro con el lodo; sino poner exactamente sus ideas como las he podido entender, aunque no con las mismas palabras.

55.

Creo, pues, que los tres grados de indiferencia ó disposición interior, pueden adaptarse sin violencia á las tres partes del texto evángelico que muy al principio citó, y en el cual comprendió Jesucristo toda la perfección *qui vult venire post me*, se necesita voluntad, y se supone haberla en consecuencia de los precedentes ejercicios; *abneget semetipsum*, esto es, despréndase de cuanto pueda llevarle al pecado que de Cristo aparta; *tollat crucem suam*, es decir, supere las dificultades anexas al cumplimiento de los deberes de su estado, y cuide de las cosas menores para no llegar á las mayores, lo cual se hace por una continua mortificación, significada por la cruz; *et sequere me*, practicando en el grado mas alto las virtudes, y eligiendo lo mas perfecto, pues seguir á Cristo es imitarlo.

Con respecto á las tres armas del demonio, significadas por las tres grandes pasiones que

inundan al mundo y que resume San Juan, suficientemente se entienden; mas con respecto á las armas de que uno debe servirse, solo dijo el Illmo. Sr. lo que insinué en el número diez, pero yo, acordándome de unas bellas doctrinas de Santo Tomas, cuando habla de los votos religiosos, juzgo que las tres virtudes, castidad, pobreza y obediencia, son las tres armas opuestas á las del enemigo; porque la castidad se opone á la sensualidad significada por *concupiscentia carnis*, la pobreza evangélica á la codicia de las cosas visibles, *concupiscentia oculorum;* y la obediencia, que es la muerte del propio juicio y de la propia voluntad, es lo única madre de la humildad, contra la *superbia vitae*. Estos son los tres consejos del Evangelio, que no solamente obligan á los religiosos, sino en cierto modo, tambien á los eclesiásticos, y aun á cuantos quieren llegar á la perfección en cualquier estado de la vida.

56.

Sobre lo que dije en el número IX, no me cabe duda que así lo dijo el Sr. Obispo, que el ponerse en estado de no cometer pecados veniales, no es perfección, sino preliminar indispensable para ello. Creo que se entenderá recordando que en la práctica, no puede llegar con seguridad á evitar el pecado mortal, quien se entrega sin freno á los veniales, y así esto es obligatorio, en cierto modo, en consecuencia de aquello. *Aprenhende summum, et potieris medium* decía con mucha exactitud un antiguo filósofo.

57.

Aun en el último grado de los tres que pone su Illma. creo que se encuentran otros tres grados de perfección, porque como dicen los místicos, (y aun el pagano Aristóteles) el primer grado de virtud es obrar sus actos con facilidad; el segundo, hacerlos con prontitud y alegría, el último, salir á buscar las ocasiones, y hacer los actos con deleite sumo. ¿Quién llegará hasta allá?

Séptimo día de Ejercicios.

Sobre la Pasión de Jesucristo.

58

I. *Hoc enim sentite in vobis quod et in Christo Jesu*, (1) dice San Pablo: ¿cómo debemos aplicarnos eso los sacerdotes?

II. Jesucristo en su pasión fué atormentado de todos modos, de suerte que Santo Tomás dice que padeció más que pueden padecer todos los hombres juntos.

III. Pero se pueden reducir á tres géneros sus tormentos.

a) Desprecios.

b) Penas de todos los bienes del hombre.

c) Desamparo.

IV. En el Huerto de Gethsemaní padeció una tristeza mortal como él mismo lo dijo: *tristis est anima mea usque ad mortem*, y así estaba profetizado: *timor et tremor ceciderunt super me.*

V. Mas, ¿por qué motivo padeció tanto en su oración? Varios han asignado los Santos Padres;

(1) Philip. II, 5

unos dicen, que fué por la proxima Pasión que le amagaba; otros, que por el celo de la casa de su Padre que le devoraba, etc. Pero en realidad, Cristo quiso voluntariamente anticiparse la Pasión en su Corazón en el Huerto para pagar por los pecados del mundo.

VI. Y nótese que los tres géneros de tormentos que dije padeció, corresponden á las tres malicias del pecado, que es un desprecio del Señor, un abuso de los bienes criados, y un abandono de Dios.

VII. Así pues, el Corazón de Jesucristo, ese Corazón tan noble, tan generoso, tan ardiente, se liquidaba en sus entrañas como estaba profetizado: *cor meum sicut cera liquescit, in medio ventris mei*, (1) al considerar los desprecios de los hombres, para con su Padre. Del desprecio se queja Dios, especialmente en el pecado, y á cada paso se vé en las Santas Escrituras: *filios enutrivi et exaltavi, ipse autem spreverunt me*; (2) en otra parte llama á los Angeles para que se asombren ¿y de qué? del desprecio que le ha hecho su pueblo.

VIII. Para satisfacer, pues, Cristo, por estos desprecios, quiso aceptar todos los desprecios del mundo, de que fué colmado después en el curso de su Pasión; y por eso se dice que cayeron sobre él los oprobios todos que el pecado infiere á Dios: *zelus domus tuae, comedit me, et opprobria exprobriantium te ceciderunt super me.* (3) ¿Cómo estaría el Corazón de Jesucristo, cargado con todos los desprecios del mundo, con

(1) Ps. XXI, 15.—(2) Isai. I, 2.—(3) Ps. LXVIII, 10.

los pasados, y los venideros, con todos los que le hacen los sacerdotes, que son los que mas le entristecen llevando cada uno una enormisima malicia, y siendo multiplicados sobre todo número?

IX. El Corazón de Jesucristo fué con ésto poseído de una amargura inefable, incomprensible, que apura las explicaciones de los PP. y de los teólogos, que tratan de componerla, con el estado de comprehensor, de Jesucristo.

X. Aprenda, pues, el sacerdote, á sentir, como dijimos al principio, lo mismo que sintió Jesucristo: aprenda que debe estar devorado por el celo de la casa de Dios, que no es tan solo el templo material: aprenda á sacrificarse siempre que sea preciso, por sus hermanos; aprenda á gemir, á entristecerse, á vivir siempre lleno de dolor á vista de los pecados que tan bien conoce, y que no han dejado nunca de hacerse al Señor. *Hoc enim sentite in vobis quod et in Christo Jesu.*

Reflexiones propias.

59

Hablando del divino Corazón de Jesucristo, salgo fuera de mí. Ay! es un tesoro que Dios nos ha revelado en los últimos tiempos, y se va despreciando tambien ya; ¡qué justamente dijo el Illmo. que la historia del mundo es la de los desprecios de Dios! Aun no tomando la corriente sino de Jesucristo acá ¡qué serie tan densa de desprecios! Nos dió su Cuerpo divino y Judas lo despreció, y de entonces acá siempre ha sucedido lo mismo: nos dió al Espíritu Santo, y Simón Mago lo despreció queriendo comprarlo como

efecto del mercado; nos dió la fe. y los herejes la despreciaron; nos dió el Evangelio, y los filósofos de todos los siglos lo han despreciado, desde aquellos perros rabiosos Celso y Porfirio hasta el demonio encarnado de Strauss, que quiere borrar á Cristo del mundo como se borra una huella en el polvo, ¡insensatos! Nos dió la Iglesia, y los gobiernos la han despreciado. Nos dió á su madre, á sus santos, á su palabra escrita; en fin nos ha dado el conocimiento de las riquezas de su corazón; pero ha sido despreciado, todo! todo!! Jesucristo no cesa de elevarnos con nuevas luces y de nutrirnos con mas preciosas gracias; pero en correspondencia, nosotros no sabemos mas que despreciarle: *filios enutrivi et exaltavi; ipse autem spreverunt me.*

Al principio la devoción al Sagrado Corazón, encontró muchos y tenaces opositores, y era buena señal porque el que combate una cosa, aun la tiene en algo, pues se ocupa de ella aunque sea con el interés de la adversión y del odio; pero ahora ha venido á chocar con el mas terrible escollo de nuestra época, con la peste mas horrible la indiferencia. No solo se ven ya con indiferencia la Religión y sus misterios, sino también la piedad, la virtud y la devoción. Por esto en Francia los periódicos impíos cuando la declaración dogmática de la Concepción Inmaculada; se vieron con lástima y dijeron que ellos no se ocupaban "en cosas de ese jaez"

Yo creo que la indiferencia religiosa es un síntoma infalible de la ruina del mundo, porque realiza la respuesta de aquella pregunta de Jesucristo. *¿Pensais que cuando viniere el Hijo del Hombre hallará aún fe sobre la tierra?* Pues bien, ahora ya no hay fe; hay indiferencia!

Continuación de la Pasión.

(Por la tarde.)

60.

I. Jesucristo sufrió en todos los bienes del hombre. En el alma, ya lo hemos visto esta mañana, y estaba profetizado: *quoniam intraverunt aquae usque in animam meam, et torrentes inundaverunt* (1).

II. En el cuerpo todo, de pies á cabeza no hubo en él sanidad de suerte que considerando miembro por miembro, no se encuentra uno sin tormento.

III. En los bienes de fortuna: murió en suma pobreza.

IV. En la honra y fama: ¿qué no dijeron de él?

Pero nótese mucho que la parte mas activa de los tormentos de Cristo, fué el Sacerdocio; los sacerdotes judíos lo odiaron, persiguieron, aprehendieron, juzgaron y llevaron hasta la cruz.

V. Judas Sacerdote de la ley nueva es la causa determinante de la pasión por haber entregado á Jesucristo.

VI. El Señor le habla; le advierte en secreto de su yerro, lo señala, un poco mas, le lava los piés, y aun en el último extremo, le llama amigo, y le habla con dulzura; pero todo en vano, cada gracia de Cristo, parece que produce un grado mas de obstinación en aquel miserable, hasta que

(1) Ps. LXXVII, 20.

al fin consuma su crimen, hace una falsa penitencia y se suspende de un árbol.

VII. Mucho tienen que estudiar aquí los sacerdotes, viendo que ni la vocación mas segura, ni las gracias mas extraordinarias, ni la vida íntima con Jesucristo, es capaz de abrir los ojos de un sacerdote obstinado en su malicia.

Reflexiones propias.

61.

Aunque el Illmo. Sr. Obispo, no completó la idea de esta mañana, por falta de tiempo; pero es muy fácil completarla. Es en efecto, un pensamiento muy común entre los místicos, por ejemplo, entre los sentimientos espirituales del P. Puente, que los tres compañeros inseparables de Jesucristo, durante toda su vida y especialmente en su pasión, fueron, pobreza, desprecio y dolor, que casi es la misma división del Sr. Obispo, y siguiendo paso á paso la vida del Salvador, puédense ir marcando estas tres cosas, en cada punto de ella.

62.

La pobreza, por ejemplo: Jesucristo, quiso nacer de padres pobres; ser rescatado como pobre por su Madre en el templo; vivió después tan pobre que aseguró no tenia ni en donde reclinar su cabeza; se mantuvo de la limosna, murió desnudo, y el lienzo en que le envolvieron su cadáver y el sepulcro en que le colocaron, todo lo debió á la piedad de uno de sus discípulos. Lo mismo puede decirse de los dolores y de las deshonras.

Octavo día.

Del amor de Dios.

63.

I. En el amor estriba todo el fruto de los ejercicios, y sin él las resoluciones serán inútiles, é impracticables los propósitos, el tiempo perdido, y Dios engañado.

II. La caridad, *est vinculum perfectionis*, (1) dice el Apóstol, porque reanima en cierto modo todo cuanto la compone.

III. Los medios para conservarlo y aumentarlo, son en primer lugar, meditar de continuo las verdades prácticas que harán nacer la devoción en nuestras almas. Esta meditación encenderá en nosotros el fuego del divino amor: *in meditatione mea exardescet ignis* (2)

IV. Conservar, en segundo lugar, la presencia de Dios como lo recomienda tanto San Ignacio.

V. En tercer lugar, ver en todas las criaturas el amor que Dios nos tiene, porque su esencia, sus operaciones, sus movimientos, todo viene de Dios y nos muestra el amor que Dios nos tiene.

VI. El eclesiástico tiene particularísimos medios en el ejercicio de su ministerio, habla con Diós, cada día le tiene en sus manos, recita sus alabanzas, admira los prodigios que obra en la conversión de los pecadores, etc.

VII. ¡Qué consuelo es ver á un sacerdote

(1) Colss. III, 14.—(2) Ps. XXXVIII, 4.